

15

CAW5326

110.12
11012.1

913

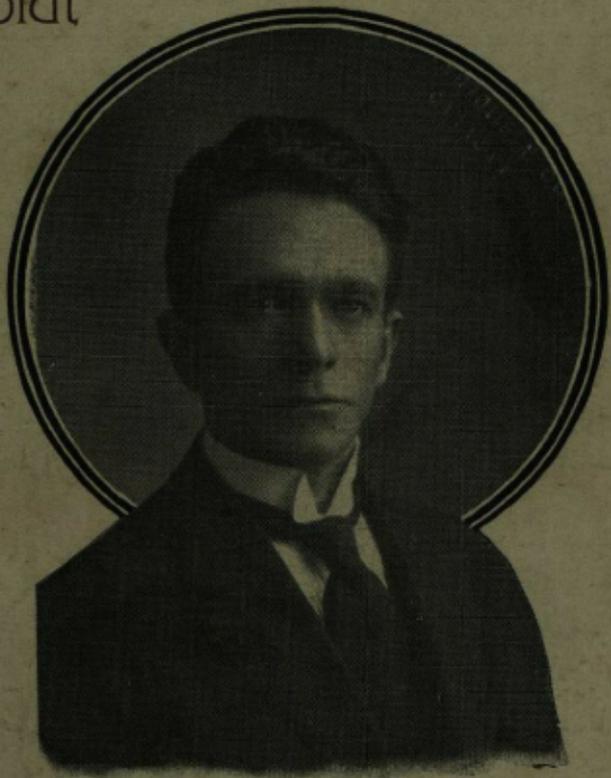
JOSE ANTONIO RAMOS SUGRE

de las
Huellas
de
Humboldt

*Enrique
Planchart*

930

50 CLTOS.



LOTERIA DE
BENEFICENCIA PUBLICA
DEL DISTRITO FEDERAL

Sorteo especial del CARMEN para
el 15 de julio de 1923

Primer Premio Bs. 12.000

Cinco Premios Mayores

500 premios

Valor del Billete Bs. 10. Valor del 20º Bs. 0,50

NOTA: Las personas del interior de la República que deseen adquirir billetes para este Sorteo deben pedirlos con anticipación a las Agencias de Lotería o a esta Administración.

403716

910.92
H9195

BIBLIOTECA DE LA LECTURA



JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE

0

Sobre las Huellas de Humboldt



LA LECTURA

DIRECTOR: RENE BORGES

ADMINISTRADOR: HERNANDO DE CASTRO

VEROES A SANTA CAPILLA No. 8

CARACAS

TELEFONOS 599 Y 1823

VII - VI - XXIII

EDICION: 6.000

NOTA

Estas breves líneas componen la primera parte de un ensayo en mientes; pero bastan para ilustrar la situación alcanzada por la América Española en la víspera de la independéncia.

J. A. R. S.



Sobre las Huellas de Humboldt

ESPECIAL PARA "LA LECTURA"

Los alemanes del siglo diez y ocho, alucinados y magnánimos, celebran especialmente las invenciones de Juan Jacobo Rousseau. Ellos militan debajo de las banderas del sentimiento y de la originalidad, y censuran las culpas de la vida social, recreándose con el ejemplo de la naturaleza.

El mismo filósofo anima el afecto de aquel siglo por el viaje erudito y la excursión remota, y exalta generaciones libres, aventureras y esquivas. Repudia la literatura vigente de palaciegos y de colegiales, y describe la escena habitual, y refiere el hecho corriente y sin grandeza, confesándose espectador simpático de las vidas humildes. Educa los ingenios vehementes, entretenidos en la emigración lejana, en el retraimiento acerbo, en el ensueño estrafalario y orgulloso.

Alejandro de Humboldt muestra cercana semejanza con dos literatos que elevan las sociedades silvestres e ingenuas, al cantar las endechas del amor infausto; quienes se llaman Bernardino de Saint Pierre y Francisco Renato de Chateaubriand; y son próceres de nombre engollado y molesto; y son alumnos pendencieros de Rousseau. Los cita en notados pasajes donde él mismo se regodea alabando la belleza equinocial. Esta semejanza y compañía se manifiesta mejor advirtiendo

que el naturalista compone en francés las obras más pintorescas y manuales. Usa el idioma del abuelo hugonote; el que más sirve para la diplomacia reticente, según la queja de la abandonada Aurelia a Vilhelm Meister; el habilitado para la ciencia antes que los otros de Europa, desde que Descartes lo redime del formulario escolástico, renovando el gesto del que retira una vegetación criada en cavernas, lejos del sol, desfigurada y pálida.

Humboldt pertenece a la Alemania indulgente y enciclopédica de entonces. A cada paso adorna sus escritos con la referencia del literato y del artista. Un sitio del litoral venezolano le rememora el paisaje donde Leonardo coloca la persona de La Gioconda, y tal escena del mercado de esclavos de Cumaná le recuerda el modo de evaluarse los cautivos en el *Trato de Argel*, el drama vigoroso, aunque descosido e inorgánico de Cervantes. Aun no había nacido la plaga de la especialidad reclusa y miope, tan zaherida por Eca de Queiroz, quien cita el caso de un sabio alemán, autor de recios tomos sobre la fisonomía de los lagartos.

El pensamiento germánico sube constantemente del pormenor a la idea universal, de la observación pequeña al concepto grandioso, a la empresa alentada y quimérica. Humboldt observa gradualmente los naturales del nuevo mundo, y encuentra que el medio geográfico no logra decantar la integridad del tipo conservado por la herencia, aviso que ilustra los conatos juveniles de la sociología, esa interpretación determinista de la vida. Visita el Orinoco hasta su enlace, por el Casiquiare, con el Río Negro, y discurre el modo de unir por medio de canales los ríos internos de la América del Sur, soñando una pasmosa navegación desde Angostura a Buenos Aires.

Mira que el caballo decide originalmente la suerte de las naciones; sugiere que si el morador de la llanura venezolana y el de la pampa argentina hubieran conocido y domesticado el generoso animal antes de la invasión europea, habrían subido las altiplanicies de Cundinamarca y del Perú, y derribado su gobierno teocrático, para sustituirlo con el régimen patriarcal de las sociedades pastoriles; y esta conjetura sale verdadera al marcarse el rumbo de las campañas emancipadoras. También observa que el colono español, aturrido por la naturaleza americana, asombrado con las circunstancias de la nueva morada, concibe un alma nueva, olvida el suelo nativo, suelta las amarras que lo atan a la playa distante de la metrópoli; y este fenómeno denuncia de una sola vez las pasiones y los sentimientos del criollo descontentadizo, censor de la patria de sus mayores, dócil a la sugestión de extranjeros adelantos.

Habla de estudiar en el hombre salvaje el desarrollo paulatino de la mente, en lo cual se anticipa al acierto de sabios ulteriores, y emite discretas opiniones sobre el desenvolvimiento de las sociedades primitivas. Declara que la circulación de las ideas y de las noticias precede en los pueblos nacientes al cambio de los artículos mercantiles, y que los salvajes más internados de la América del Sur habían sabido del mar y sus grandezas. Dice que los habitantes del selvático Alto Orinoco no lograban comunicarse por tierra, de tanto crecer la vegetación en medio de la disoluta abundancia de las aguas; así, aislados y hostiles hasta los más vecinos, usando solamente los ríos, no conseguían estado menos bárbaro, juntándose en tribus mayores. Más adelante observa que el culto de la trompeta santa, guardada en la colina del Tomo, sitio del mentado país fluvial, podía reunir los indios en un solo estado,

regido teocráticamente, ganando aquel adoratorio la importancia de Delfos con su oráculo. En otra parte nota, para enseñanza de viajeros y de filósofos de la historia y respecto del indígena americano, que el carácter y las costumbres de un pueblo confiesan mejor su pasado que su presente.

Filósofa acerca de los vegetales reparando que determinan la fisonomía del paisaje y enderezan de modo correspondiente el alma de los moradores. Habla del ministerio sucesivamente guerrero, civilizador y pacífico de la caña, la esbelta arundinácea, que sirvió antes de flecha, luego de flauta y que más tarde se mudó en docto cálamo. Indica el decisivo alcance del moriche, palma que satisface cualquier necesidad del guaraúno, asociado en cabañas lacustres, y que tanto vale en la economía natural de los llanos de Venezuela, anunciando bajo sus piés el manadero de aguas, y ganando, por esta señal de la frescura, el nombre de árbol de la vida, con que lo recompensa la pluma graciosa y mendaz del padre Gumilla. Recuerda, con Linneo, que la primera patria del hombre debió de ser la región de las palmas providenciales, y cuenta de primitivos lotófagos, despertando evocaciones rumorosas de Simbad. En pasaje digno del moderno Rudyard Kipling describe el árbol que da las castañas del Brasil, nueces triangulares muy amadas de las bestias montañesas, que se las disputan en estrepitosa porfia, mientras el indígena infantil aspira a reprimir aquella negación de su gobierno.

No falta el discurso pesaroso, costumbre de su generación anhelante. Retrata muchos de sus contemporáneos cuando refiere que el explorador Malaspina goza en la soledad las emociones profundas que la contemplación de la naturaleza y el estudio del hombre,

en distinto suelo, suscitan en un alma sensible y experimentada por la desdicha. En cierto lugar de sus escritos opina, con deajo pesimista, que el mono pierde su alegría al asemejarse al hombre, y más adelante se abandona a la contemplación amarga de que éste último puede sobrar en el concierto de la naturaleza. Así piensa al visitar el Alto Orinoco, país absorbido por la espesura y su fecundidad infatigable.

Allega noticias contra la filosofía sencilla, obra de la pereza mental y del interés político, que califica los pueblos como si fueran individuos, y distingue razas fuertes, escogidas desde la eternidad para el privilegio del mando, y razas humildes y precitas, abandonadas a degradación irremediable. Elogia la vivacidad de los canarios, los oprimidos insulares, anticipándose a la murmuración vulgar, olvidadiza de aquilatados nombres, desagradecida con Andrés Bello, el inspirado civilizador, y con José Félix Ribas, general delantero en campaña de portentos; dos prohombres nacidos bajo el cielo, más clemente, de Caracas. Niega la enervación del hombre por el sólo efecto del clima tropical y sin la causa del miasma deletéreo; y maravilla el poder físico del indio que rema quince horas en contra de la corriente, el de los faquines mulatos del puerto de La Guaira, capaces para la carga más pesada, y el de los mineros aztecas, que llevan y traen, seis horas continuas, por subterráneos de calor sofocante, cuerpos de metal de trescientas cincuenta libras. Ensalza el valor del zambo americano, enfrentado sin armas al cocodrilo y a las fieras del bosque, y cree que los agitadores del nuevo mundo pueden triunfar con el séquito de la gente de color, de energía doblada en el infortunio. Entiende que los caribes, de lenguaje disertado, deben contarse entre las razas más bellas y robustas de la tierra, y aplaude la agudeza nativa y el arrojo de los

guaiqueríes de Cumaná y Margarita, que ejecutan atrevidas navegaciones en delgados bajeles, sin más gobierno que el de las estrellas fijas; empresa digna de los vasallos de Alcinoó.

Declara la suerte y muestra el carácter del indígena, sujetándose al sabio principio de examinar las instituciones, dejando el cuento del infortunio individual. Cita los privilegios y favores que recibe de la piadosa legislación española, servida por agentes retrecheros y desmandados, y lo recuerda escarnecido desde bajo el mando de sus príncipes nacionales. Encuentra su casta multiplicada sin término en los mismos sitios donde formaba reinos urbanizados el día del descubrimiento. Sostiene, contra Ulloa, que el número de los indios ha crecido en ciertos lugares del nuevo mundo español, componiendo, en 1825, la mitad de sus diez y seis millones de almas; suma considerable en un hemisferio, donde fieros nombres de lugar, Victorias y Matanzas, celebran a cada paso el exterminio. Créese que, de esclavo, no sucumbe en excesivo número al maltrato, antes al cambio súbito de clima. Niega la antropofagia, cual refinamiento malicioso, y la censura, ingenua costumbre, hasta en tribus inteligentes y pacíficas. Absuelve de esta abominación a los caribes del continente y la confiesa apenas respecto de los caribes antillanos. Enseña que el indio reducido en misión, se propaga mejor que el montaraz, avezado al aborto y desperdiciado de la prole; que en uno y otro estado se le topa agricultor; que en uno y otro estado entiende baja y cortamente el dogma del europeo y, gustoso de la nueva ceremonia, la refiere a los antiguos númenes, con los cuales interpreta a la naturaleza permanente; y cita el ejemplo del azteca, el que reúne en un mismo culto el águila gentilicia y la paloma evangélica. Consigna que el precolombino ejerce la cerámica, des-

cuida los rumiantes y los lacticios, ignora la vida pastoril, y omite la cultura de cualquier cereal, distinto del maíz. Antepone, por el carácter de adelantados y de progresivos, los indios del clima alpino y los de la militante nación caribe; y ve que los segundos mejoran la aritmética palpable de los quipos y aprovechan las armas de fuego de los vecinos holandeses y, puestos de piés, semejan estatuas de bronce, y son alados corredores, pero menos diestros que el guaraúno, práctico natural del Orinoco, quien corre sobre el lodo sin hundirse. Al indicar la igual fisonomía de los indios, enseña que el rostro difiere individualmente con la vida civilizada, rica de sentimientos y emociones, y advierte que el drama del mundo salvaje, eternamente repetido, y el hábito del matrimonio dentro de la misma tribu ayudan la conservación del semblante uniforme. Observa que los indios, y todos los hombres, buscan la belleza corporal adelgazando y remarcando los rasgos físicos de la propia raza. Encuentra los indios bien conformados, sin la aflicción de jobas y demás notas repugnantes. Indica la aparición del pudor en el hombre, antes que en la mujer primitiva, y sonríe donosamente de la urbanidad de los caribes y de sus parciales, que consiste en pintarse de onoto. Humboldt dilata el entrecejo más altivo con la narración de un mito indiano, que parece el ensueño nevado y lunar de un alma escandinava, y cuenta el nacimiento del primer hombre en el mundo inocente, en una selva amena, rodeado de las aves y de los venados, desprovistos aún de las alas y de los cuernos, con que se salvan y defienden. Dispone el tema de sencillos cuentos, arrullo de niños desvelados, con la historia de dos tribus ocultas en el bosque venezolano, la de los otomacos, enviados en comer tierra, y la de los salibas, indios silbadores de flautas. Regocija cuando nota que el indio asiente officiosamente al mayor dislate que se le pregunte; que el preparador del curare; donde se aspira

el efluvio de las aguas amazónicas, ponía su trabajo por encima de los inventos europeos, descontada la composición del jabón; y que los indios de esta última comarca anunciaban, juntados en un coro de voces, el curso de dos ríos, el Inirida y el Atabapo, tan vecinos como los dedos contiguos de la mano; rasgo magistral para una conseja inocente. X

Señala pueblos más incultos y atrasados que sus lenguas; razón nueva para distinguir entre los bárbaros de original rudeza y los decaídos de anterior civilización. Apunta el origen antillano de los vocablos indios que envician el lenguaje de los conquistadores. Encuentra que las mujeres usan idioma anticuado donde conservan el retiro doméstico; y cuenta de cautivas de los caribes, que hablan con el vocabulario propio y con la gramática de los varones vencedores. Refiere que el linaje de las lenguas americanas practica la costumbre de la aglutinación, que consiste en reunir varias ideas en un solo vocablo prolongado; y declara que este fenómeno, igualmente notado en históricas lenguas del viejo mundo, origina las teorías fatuas y las comparaciones violentas de los primeros estudiosos. Enmienda la desvariada lingüística de sus contemporáneos; niega la etimología por la semejanza del sonido, y ordena y junta los lenguajes por la estructura y el funcionamiento de la gramática. Escribe que esta última difiere esencialmente en los idiomas arios y en los del nuevo mundo, lo que fatiga los indios en la asimilación del castellano, y despierta en los jesuitas el sensato pensamiento de propagar la fe en el habla de los incas, usándola con todas las tribus, devolviéndola los títulos de privilegiada, cortesana y general, con que la honra más de un cronista enfático. Sugiere que este idioma adopta las mentiras deliciosas y magníficas de la literatura, y advierte que guarda en su tesoro los idilios de

Teócrito, el más dichoso pasatiempo de la imaginación antigua, gracias a la versión de Juan de Larrea, aplicado naturalista ecuatoriano. Refiere que el caribe, cuya claridad perdura en el curso de cláusulas consecutivas y anchurosas, ha servido para el tratamiento de la teología, materia donde pueden escasear los vocablos concretos y de origen sensorio y abundan los términos espiritualizados y abstractos.

Humboldt escatima los elogios al misionero, sucesor disipado y regalón de otros más meritorios. Aprueba apenas sus establecimientos vecinos de la costa, y condena sin rebozo los de adentro. Goza en todos la hospitalidad y la tolerancia, y extraña libros de ciencias naturales en la misión venezolana de Caripe. Encuentra la vegetación desapoderada y sin término de la fábula y del cuento en el ocio de los planteles retirados, y recuerda los mapas desleales de regiones desiertas, donde el misionero y el gobernador mienten ciudades, villas y castillos a la corte perezosa y crédula. Nota que los religiosos penetran los ríos y civilizan las orillas, sin renovar la mente basta del primitivo. Aconseja la educación de los evangelizadores en seminarios particulares de la zona tropical y el abandono de la disciplina monástica sobre el indio dsmemoriado y candoroso. Censura el poder indiviso del misionero, enemigo de la autoridad episcopal, de la militar y de la civil, monopolista del comercio y de heterogéneas facultades. Acusa francamente los del Alto Orinoco, rapaces de criaturas apocadas para la servidumbre, desaprovechados de terrenos fecundos para la agricultura. Narra la desazón de su presidente, domiciliado en San Fernando de Atabapo, a quien elude la sonsaca de un elogio manuscrito para los establecimietos deplorables. Descubre los vestigios de ferales batallas entre los indios del remontado Orinoco; sugiere las valentías sin

cuento ni memoria; deplora el osario de los vencidos; y admira otras señales del odio en la república de los monjes indolentes, y tacha las intrigas delgadas y zahiere las revoluciones de escamoteo. Mira las consecuencias del régimen colonizador del portugués, aplicado por autoridades contrapuestas de orden religioso y profano, cuando cita el estado más venturoso de las misiones de la cuenca amazónica y el número abundante de los reducidos. Expone en breve trecho el curso y el destino de la institución, al ver en ella la especie de un distrito separativo entre el colono español y el indio de las soledades forestales, y agrega que el blanco mira sin descanso a invadir el cerrado pueblo de misiones y que el presbítero del clero secular sucede tarde o temprano al religioso. Muestra al indio secuaz del misionero y enemigo de su émulo, el soldado, quien lo molesta con vejaciones más desordenadas. Exceptúa los guaraúnos por abandonados del celo catequista, y señala jovialmente su morada en la cima de los árboles, para susto de los varones apostólicos. Gradúa la mies de los segadores misionarios al distinguir los apacibles monteros de la selva situada al este del Orinoco y los alzados vagabundos de la sabana extendida al oeste. Divide entre el misionero y la reiterada expedición de límites el prez de adelantar el conocimiento geográfico de la América del Sur. Encuentra que los activos y diligentes capuchinos catalanes habían reunido casi todos los naturales del Bajo Orinoco en sus misiones opulentas, entre el Caroní y el Cuyuní, y que, enfrentados al gobernador y al obispo, administraban estado independiente; y deja ver que otros soldados de la milicia franciscana, bienquista del salvaje, tuvieron mucha parte en la reunión de los sesenta mil indios puros, la mitad de los de Venezuela, contados en la provincia de Cumaná y en la de Barcelona el año 1800, y abandonados después al exterminio.

Calcula trescientos ochenta y siete mil negros entre los diez y seis millones de habitantes del continente hispanoamericano, el año 1826. Cuenta otros tantos en Cuba y Puerto Rico, y más de dos millones en el resto de las Antillas; todos oprimidos y con la fortaleza y la jovialidad del oso bailarín y del mono petulante. Observa siempre esclavos menos numerosos, menos maltratados y más favorecidos con la manumisión en las comarcas sujetas al cetro de Castilla. Cita un negro de la América Española por cada cinco del Brasil y de los Estados Unidos. Teme a cada paso el nacimiento borrascoso de una confederación etiope, absorbente del archipiélago antillano, y añade que el miedo a los esclavos irritados ayuda la seguridad del gobierno de la metrópoli y la continuación de la adventicia dinastía en el Brasil, cuyos naturales son africanos hasta la mitad del número el año 1818. Recuerda con este hecho la política uniforme de los gobiernos europeos, encaminada a conservar la colonia por el odio entre los habitantes. Repite la acostumbrada alabanza de las leyes españolas, caritativas con la raza ofendida, y frustradas ocasionalmente en la administración de la servidumbre doméstica. Deja ver que la emancipación progresiva de los serviles basta a disipar la amenaza de su resentimiento, y olvida el fútil prejuicio que los niega a la asimilación de la cultura europea. Recomienda la reforma gradual y en paz, enraizada en la misma opresión bárbara y nefanda, el lento rescate escogido por el Presidente de Colombia, el general Simón Bolívar, hombre insigne por los méritos del republicano, por el lucimiento de la carrera militar y por la moderación el día de la fortuna. Desmiente el cómputo fabuloso de Depons, que eleva cuatro veces el número de los negros de Venezuela; y sustituye cuarenta mil en la provincia de Caracas, seis mil en todo el territorio de Cumaná y Barcelona, y cuatro mil, bastante entre-

verados y dispersos, en los llanos de San Carlos, Guanare, Barquisimeto y Calabozo. Observa la fácil propagación de los demás hombres de color y el desmedido fallecimiento de los siervos, y opina que la colonia mayor de dos millones, aposentada en la ergástula de Las Antillas, supone la introducción de un número duplicado de cautivos; y refiere que el régimen de los brasileños alienta la multiplicación de la casta y defiende la vida de los infantes atezados. Despierta la conjetura de que el Africa surtía más hombres que mujeres, de suerte que la prole servil era menos castiza que los padres; e inspira la observación correlativa de que la unión ilegítima apaga la diferencia de una a otra casta venezolana, y las confiere sin tregua la apetecida merced de la tez blanca.

Humboldt recorre, ileso de los hombres, los dominios del mundo colombino. Agradece el humor del criollo inteligente y hospital, pródigo de la atención afectuosa. Los tacha de indolentes, de esquivos del afán, de prolongar la vida sin ocuparla. Los describe enredados en odios municipales, en rencillas de cuerpo, siguiendo los resabios de origen español; divididos en dos noblezas, enemigas a matarse; la una de antepasado remoto, aventurero de la conquista, fundador de la ciudad, patrón de la villa iniciada; y la segunda, de más reciente cuna, ralea del ensimismado agente de la metrópoli; y consigna la protesta sediciosa y ~~tercera~~ del vizcaíno, por la cual todo blanco es caballero. Los describe ignaros de los recursos nacionales, porque el gobierno reserva la noticia estadística, capaz de alentar el propósito rebelde; ufanos y ansiosos del tratamiento hidalgo y del calificativo nobiliario, conformes con el supletivo mando en la milicia; y nota el proveniento de la corte en el comercio del pergamino señorial y de la insignia militar. Razona el enojo del criollo contra

el español de la península, su igual en la legislación escrita, su tirano en la practicada, y confiesa que el sujeto más ruin, con sólo nacer en el suelo de la metrópoli, sube sin esfuerzo donde es despedido el americano más ilustre. Encuentra la generación juvenil descontentada y sin piloto, acalorando ideas fogosas e informes, y omite el nombre de los campantes valvasores, sometidos más tarde a la prueba de una guerra sin ejemplo. Encuentra los cabildos a cargo de una minoría, remota de la plebe, dispuesta al dominio de otra corona antes que al reparto de los privilegios con el resto de los compatriotas. Cuenta doscientos mil españoles en el nuevo mundo castellano, bastantes a salvar el partido del rey en medio de tantos altercados, sin dejar inmediatamente los menesteres civiles y de paz, con que se sustentan los más de ellos. Ilustra la diversidad entre los americanos de origen español, distinguiendo los países de población internada de aquellos donde es litoral y novelera, y notando los territorios de apretada y culta raza indígena el día de la conquista, y los de tribus ambulantes y escasas esa misma fecha. Mira la vocación literaria entre los criollos de Lima y Quito, la aplicación por las ciencias en Bogotá y en México, y la inquietud de orden político en Caracas y La Habana, capitales de vecindario marítimo, francas a la novedad extranjera; pero añade que los colonos guarecidos pierden la originalidad ganada en el aislamiento, desde que fundan república vivaz, familiar con las naciones hermanas y con las más cultas del viejo mundo.

Advierte las mejoras del gobierno colonial, bajo el mando de recientes monarcas, atentos a la enseñanza de los filósofos contemporáneos, amigos del género humano; la propensión de la corte a facilitar esos días el adelanto de los reinos ultramarinos, y el encuentro del estorboso mecanismo administrativo. Aplaude la co-

menzada educación de los americanos en las ciencias naturales; el desvelo gubernativo por la ilustración de la geografía, alentado de aptos ingenieros y marinos de origen español; el subvenido estudio de la botánica en el hemisferio enorgullecido de un Mutis; el edicto del comercio libre, ordenado en 1778, desmentido en parte por los aranceles aduaneros, pero bastante a romper el bloqueo de los puertos americanos por el monopolista de Sevilla y Cádiz. Pasa a los rezagos vivaces de la opresión, de la política sencilla, más severa en las islas, que paga con el artefacto de la metrópoli el fruto natural y la materia prima de la colonia cerrada al extranjero; y cita la consiguiente prohibición del taller industrial en los nuevos reinos; el cultivo de la vid, del moral, del cáñamo, del lino y del olivo, negado por el Consejo de Indias; los recursos extraordinarios de Venezuela, ocultos por la clausura y el estanco, ligeramente desenvueltos por el contrabando, remedio de la ley fiscal; el marasmo de territorios opulentos, necesitados del subsidio mexicano para la satisfacción del gasto oficial; la breve renta de las colonias americanas, dividida en veintinueve millones para el gobierno de ellas mismas, y en ocho millones, saldo irrisorio guardado al cabo en el tesoro de la metrópoli. Lamenta la política suspicaz ocupada en contar los pasos del criollo; el mal caso de fincar el régimen de la corona en la división de los gobernados; el inveterado consejo de cultivar la asechanza entre las castas, entre los naturales del clima alpino y los del suelo caliente, entre los clérigos seculares y los religiosos, entre el obispo y el presidente de la misión, entre las diversas autoridades por medio de la confusión de los distritos y poderes, y en la muchedumbre de los súbditos por la culpa de un derecho procesal absolvedor de la instancia, tupido de excepciones y recursos, que alimenta un ejército de abogados

y curiales y envicia los caracteres litigiosos y atrabiliarios, demasiado frecuentes; y guarda mayores argumentos contra el derecho penal y su administración a cargo de tribunales perezosos, que exasperan con el encierro superfluo el averío bullicioso de los reos, induciéndolos a la evasión y al subsiguiente oficio de bandolero.

Deja las disensiones entre los lugares hasta el examen pasajero de la república de Colombia. Adivina su rompimiento provocado y acelerado por la aplicación de un régimen centralista, de confianza en el curso de las hostilidades, pero molesto el día del orden a la cerviz de los pueblos nativamente solícitos de la independencia municipal y provincial. Aprueba, entretanto, la forma republicana faustamente escogida en las naciones emancipadas, y la recomienda por bien conforme a sociedades nuevas, de breve tradición, exentas del verdoyo de los siglos medios, advenedizas e intrusas. Repite, en esta y otra oportunidad, la acusación profetal dirigida a la derrotada metrópoli, porque enmalezó los nuevos planteles de la raza, sembrando a manos llenas los gérmenes de la guerra civil. Califica de esta última suerte la contienda de la emancipación, y la sigue con asombro hasta su término. Cierra el más ameno de sus relatos el año 1825, cuando los clarines colombianos decantan la victoria y prometen el descanso dichoso de las armas. Pero sólo acontece que, según el uso de la guerra melancólica, ordenan el reposo de la batalla en la declinación de la tarde.

JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE.

Mayo de 1923.



ES PROPIEDAD DE "LA LECTURA"

ZAPATERIA DE
PARIS HERMANOS

Caracas.--Esquina de Las Madrices.--Teléfono 361

Lanza Siempre el Calzado de Moda

Seguros contra Incendio - Seguros Marítimos - Seguros de Vida

COMPañIA ANONIMA NACIONAL DE SEGUROS

LA PREVISORA

Capital B. 6.000.000 - Reservas: B. 1.150,787,61

Agencias en las principales ciudades de Venezuela
Corresponsales en el Extranjero.

Avenida Este, 37 - CARACAS - Venezuela

TEATRO NACIONAL

Compañía de Dramas y Comedias ADAMS-NIEVA

GRANDES ÉXITOS

LA LECTURA

Próximo número, un
interesante trabajo del
glorioso escritor

Carlos Borges

LA PLUMA DE ORO

A. PALACIOS VISO & Co.

Sociedad a Camejo No. 37. -- Teléfono No. 2393. -- Caracas.

Artículos de Escritorio. -- Fábrica de Sellos de Cauchos. -- Tipografía y Encuadernación etc., etc.

A LOS COMERCIANTES

EL ANUNCIAR EN

LA LECTURA

ES AUMENTAR SUS NEGOCIOS.

EL BRANDY

MARTELL

BIBLIOTECA NACIONAL - CARACA.

Reg.

Clas. V 15

C 213

Es el más acreditado
y de mayor consumo
en el mundo.